

El problema de la identidad en América Latina

LEOPOLDO ZEA*

Dentro de la problemática latinoamericana como la de los pueblos no alineados, problema central lo es el problema de identidad. El problema de la identidad, es un problema que se plantea, peculiarmente, a los pueblos que han surgido bajo el predominio del sistema a que dio origen el capitalismo. Un sistema que ha alzado su grandeza y desarrollo sobre los hombros de los hombres y pueblos que con sus riquezas naturales y trabajo, han cargado unilateralmente con los sacrificios que tal grandeza y desarrollo ha necesitado. Estos pueblos han adoptado, como propio, el sistema democrático, el cual, para funcionar, tendrá que ser independiente de la manipulación que ha hecho de ellos, simple instrumento. La democracia, vista como libre participación de todos los hombres y pueblos, en la determinación de su destino. La democracia, como autodeterminación. Un sistema político, que las mismas naciones dominantes han enarbolado ante otros pueblos, para autojustificarse, pero también como algo de su exclusividad y, por ello, fuera de los alcances de cualquier otro pueblo. Exclusividad que los centros de poder reclaman a partir de supuestas diferencias, presentadas como innatas. Diferencias raciales, culturales, etcétera, que parecen justificar que entre los pueblos colonizados, sea imposible un sistema democrático. Se pone en duda la capacidad de otros hombres y pueblos para la autodeterminación.

* Filósofo mexicano, profesor de la Universidad Autónoma de México (UNAM), directivo de la Sociedad Latinoamericana de Estudios sobre América Latina y el Caribe, Solar.

Situación de especial importancia, en pueblos como los latinoamericanos, lo es el ser herederos de diversas razas y culturas. Situación que, lejos de ser vista como positiva, como una ampliación de humanidad y cultura, es vista como negación de la humanidad y cultura por excelencia. Es la peculiar raza, cultura e historia de los hombres y pueblos de esta América, lo que, se dice, impide que los mismos hagan suyo el sistema propio de la humanidad y cultura por excelencia. Ya en el descubrimiento de esta América, su conquista y su colonización, queda puesta en entredicho la humanidad y cultura de los hombres nacidos en esta región. Es éste, el centro de la polémica entre Juan Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de las Casas. Para el primero, los nacidos en esta región, no son sino "Homúnculos", menos que hombres, hombrecillos. Calificación que se extenderá a todo nacido en América, indios y criollos, pero con mayor énfasis en los mestizos. Gente que no sólo no se reivindica la sangre y carne del conquistador y colonizador, sino, por el contrario, lo rebaja al mezclarse con hombres de razas y culturas, supuestamente inferiores. Por ello, todo nacido en América, por el solo hecho de haber nacido en esta región, resulta ser inferior y, por lo mismo, carente de los derechos de que hacen gala conquistadores y colonizadores. Situación que no cambia, sino se acrecenta ante los representantes de la Europa Occidental, al otro lado de los Pirineos. Son los nacientes y voraces imperios europeo-occidentales que se empeñan en arrebatarse a España y Portugal sus dominios en América y el Mundo. Para esta Europa, como lo expondrán tanto el holandés de Pauw, como el francés Buffon, todo lo nacido en esta región, en América, planta, animal u hombre, es inferior a lo que se ha originado en el Viejo Mundo. Los hombres y pueblos de esta América, estarán, por ello, condenados a la servidumbre. Una servidumbre innata y su peculiar modo de ser.

¿Pero es cierto esto? ¿Es justa la condena que se hace de los hombres o pueblos de esta región, incluyendo su flora y fauna, todo lo cual ha de ser destruido o cultivada según sirva o no a su dominador? La respuesta a esta injusta apreciación lleva a la búsqueda de la identidad de los hombres y pueblos de esta región. ¿Qué clase de hombres y pueblos son éstos, que parecen estar al margen de todos los derechos y posibilidades de lo humano? Pregunta que se hace el Libertador Simón Bolívar, buscando poner fin a la injustificada y permanente situación de servidumbre, que el Imperio Ibero ha impuesto a sus colonias en América. ¿Quiénes somos? ¿Qué somos? ¿Somos hombres y pueblos extraños

a la dignidad y libertad propios de todos los hombres y pueblos, por el simple hecho de serlo? Preguntando sobre esta identidad, es que Bolívar encuentra que "nuestro caso es el más extraordinario y complicado". La peculiaridad propia de estos hombres y pueblos, su especial expresión de humanidad, al parecer contradictoria, origina los problemas. "Esta desemejanza —dice Bolívar— trae un reato de la mayor trascendencia".

Esta peculiar situación, originada en la relación de dependencia impuesta, origina la no menos peculiar indagación sobre la identidad de los hombres y pueblos de esta nuestra América. Difícilmente se podrá encontrar en la historia del pensamiento europeo-occidental, en los centros de poder imperial, una preocupación semejante a la latinoamericana. El pensamiento o filosofía en el mundo occidental se pregunta más por el propio ser en relación con el mundo del que es parte, que sobre sí mismo. Se pregunta sobre el alcance de su propia razón, alcance relacionado con la posibilidad de dominio del mundo del que es parte. Pero no se pregunta quién soy, su ser es algo seguro, "pienso, luego soy", incorporado a esta su innegable e indiscutible identidad, el mundo que le rodea. Otro es el problema para los hombres y pueblos como los de esta nuestra América. Lo que aquí está a discusión, lo que ha de ser sometido a la crítica del conocimiento, no es el mundo que le rodea, sino el hombre mismo, que se encuentra incerto en él. Una identidad que, lejos de estar afirmada, es discutida por otras expresiones de identidad que hacen de sí mismas, modelo y necesaria justificación de cualquier otra expresión, ajena de lo humano a ellas. Identidades las de esta región, vistas como parte de la misma naturaleza a dominar y que para negar esta afirmación, ha de empezar por hacer patente la peculiaridad de la misma. Una peculiaridad que no puede ser expresión de supuesta inferioridad. No puede ser inferior, por ser distinta de la de otros hombres. Pues si algo identifica a un hombre con otro hombre, es ese su ser peculiar, su distinto modo de ser otro, ese su ser un individuo, concreto, una persona y no simple cosa por utilizar o destruir.

¿Qué es lo peculiar del hombre de esta América y, por ende, de los pueblos que él ha formado? Bolívar contesta: "no somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales, los

títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vió nacer, contra la oposición de los invasores". Y más adelante insiste: "Tenemos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del norte, que más bien es un compuesto de Africa y de América, que una emanación de la Europa; pues que hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis" es este ser peculiar, distinto de otro tipo de humanidad, el que origina los agudos problemas de identidad de los hombres y pueblos de esta región americana. Es la misma conquista y colonización impuesta a estos pueblos, lo que ha originado en esta región, la peculiar expresión de humanidad que no por ello puede poner en entredicho tal humanidad. Habrá entonces que partir de este peculiar modo de ser del hombre de esta América, para afirmar y hacer valer los derechos que son propios de todo hombre y los derechos también propios, de los pueblos por estos hombres formados.

La descripción y afirmación de la identidad de los hombres y pueblos de esta América, hecha por Bolívar, será puesta, una vez más en entredicho, por los mismos latinoamericanos empeñados en romper los supuestos obstáculos que para el ingreso de esta América al mundo moderno, a la civilización y el progreso ponían los creadores del sistema. Así, el argentino Domingo Faustino Sarmiento, como antes Bolívar, se pregunta: ¿Somos europeos? Tantas caras cobrizas nos desmienten ¿Somos indígenas? Sonrisas de desdén de nuestras blondas damas nos dan acaso la única respuesta. ¿Mixtos? Nadie quiere serlo, y hay millares que ni americanos ni argentinos querrían ser llamados. ¿Somos nación? ¿Nación sin amalgama de materiales, sin ajuste ni cimiento? Así, el peculiar modo de ser de los hombres de esta América, descrito por Bolívar, resulta ser el obstáculo para que los pueblos de esta América puedan incorporarse a la civilización y al progreso que han encontrado su máxima expresión en Europa y los Estados Unidos. Pueblos, estos, poseedores de una identidad única, sin contradicciones, pueblos que pueden, por ello, imponer su dominio a hombres y pueblos de diversa y encontrada identidad, sin amalgama ni cimiento.

Haciendo propios los argumentos de pueblos que han hecho de su identidad, modelo y medida de toda posible expresión de humanidad, la generación de los civilizadores latinoamericanos buscará el ajuste y cimiento que permita la creación de una nación, a partir de la posible eliminación de sus contradicciones, mediante un lavado de sangre y de cerebro. Se proyecta una poderosa emigración que, con su sangre, anule la sangre de razas inferiores, incluyendo mestizajes que rebajan la posibilidad de humanidad. La amalgama de encontradas etnias y culturas parece ser ajena a las razas y culturas dominantes. Razas, unas de amos y otras de esclavos; de señores y de siervos. Habrá que eliminar razas, culturas que han mostrado ya su inferioridad frente a las que dominan, tarea a realizar por quienes pretenden superar los obstáculos que impedían a sus pueblos incorporarse al mundo de la civilización y el progreso que parece estar, tan solo, al alcance de los más aptos, de los más fuertes, de las mejores etnias y culturas que daban sentido a las mismas.

Tal fue el proyecto liberal, civilizador y positivista, que a lo largo de nuestro siglo XIX se pretendió realizar en Latinoamérica. Sin embargo, de este proyecto no surgió la buscada nación, ni el progreso. La educación positivista y la inmigración como programa, no dieron origen en esta América, a naciones semejantes a las de los grandes centros de poder del progreso y civilización en Europa y Norteamérica. La América del meridional no se transformó en otros Estados Unidos, semejantes a los que surgieron al norte de esta misma América. Esta América siguió siendo reflejo de la cultura europea en sus diversas expresiones. Mala copia de los frutos de la misma. No surgieron centros de poder de la civilización, sino pueblos, una vez más, condenados a hacer depender su propio desarrollo y progreso al desarrollo y progreso de los grandes centros de poder de la Europa Occidental y los Estados Unidos. El colonialismo impuesto por la conquista fue sustituido por el llamado neocolonialismo libremente aceptado por grupos sociales latinoamericanos que consideraron que, por esta vía, se incorporaban al progreso y la civilización. Las palabras de Bolívar respecto a la relación de nuestros pueblos con la Metrópoli Imperial, seguían siendo vigentes, aunque fuese otro el centro de poder del neocolonialismo. "Los americanos, en el sistema que está en vigor —decía Bolívar—, y quizá con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más, el de simples consumidores; y aún esta parte coartada con restricciones chocantes". El sistema —agrega— "mono-

poliza los privilegios exclusivos del comercio hasta en los objetos de primera necesidad, las trabas entre provincias y provincias americanas, para que no se traten, entiendan ni negocien; en fin, ¿quiere usted saber cuál es nuestro destino? Los campos para cultivar el añil y la grana, el café, la caña, el cacao y el algodón, las llanuras solitarias para criar ganados, los desiertos para cazar las bestias feroces, las entrañas de la tierra para excavar el oro que no puede saciar a esa nación avarienta". "Tan negativo era nuestro estado que no encuentro semejantes en ninguna asociación civilizada, por más que recorro la serie de edades y la política de todas las naciones. Pretender que un país tan felizmente constituido, extenso, rico y populoso, sea meramente pasivo, ¿no es un ultraje y una violación de los derechos de la humanidad?"

Pero fue vano intento por ingresar al progreso y la civilización por la vía de la imitación servil que subordina a quien lo intenta, por lo que se volverá a plantear el problema de la identidad de los pueblos de esta región americana. ¿Por qué ese negativo y permanente estado de servidumbre de los pueblos de esta región que parece ser ajeno a las sociedades civilizadas? ¿Por qué unos pueblos han de ser instrumento de otros? ¿Por qué este permanente ultraje y violación de los derechos de la humanidad en una región de la misma? ¿Están acaso negados nuestros pueblos para el uso de la democracia? ¿Nuestros pueblos han de estar permanentemente alineados bajo éste o aquél centro de poder? Una renovada búsqueda de la identidad nacional habrá de ser la característica de la preocupación del pensamiento latinoamericano de los últimos años, desde José Martí y José Enrique Rodó, hasta nuestros días. Lejos de aceptar la supuesta inferioridad de la identidad de los pueblos de esta América, harán de ella, el punto de partida de un proyecto nacional y continental que sin negar sus ineludibles peculiaridades, participan en el contexto universal de los pueblos que forman el planeta en otra situación que no sea la de la pasiva servidumbre. Habrá que romper la servidumbre a partir del reconocimiento de una identidad que no tiene porque ser considerada inferior o superior a la de otros pueblos, por diversas que sean las expresiones de los mismos.

Nuestros pueblos irán así reconociendo como vanos los intentos por ser otros que ellos mismos. Irán aprendiendo que es de sí mismos, de sus propias e ineludibles experiencias, que han de surgir los proyectos que permitan rebasar situaciones de dependencia que no tienen porque ser permanentes. Tendrán que partir de sí

mismos, de su ineludible y peculiar identidad que tan agudamente ya describía el Libertador: No somos indios ni españoles, sino una especie en que se combinan ambas identidades y éstas con otras que se han encontrado en esta región de América. Lejos de verse en esta relación la falta de amalgama de materiales solo acumulados, sin ajuste ni cimientó, se verá en ello, el punto de partida para la constitución de una humanidad que lejos de repelerse entre sí por sus diversas etnias y culturas, se amalgama, se mestiza; sin que este mestizaje sea expresión de inferioridad alguna. Se va así tomando también conciencia de que esta peculiar situación tiene orígenes en la brutalidad de la conquista y la violencia de la colonización. Habrá entonces que partir de este hecho para así poder superarla.

Volver así a la propia historia, a las experiencias peculiares de pueblos como los nuestros. Partir de la experiencia de la ignominiosa servidumbre para poder negarla e impedir su repetición. Tomar conciencia de las experiencias del colonialismo y neocolonialismo, para que ningún nuevo colonialismo vuelva a encontrar lugar a sus pretensiones de dominio. La identidad de estos nuestros pueblos tiene su origen en la conquista y la colonización sufridas; es parte de su experiencia pero que, como toda experiencia, debe ser superada por acciones que nulifiquen sus consecuencias e impidan su repetición. Asumir el pasado, la historia, lo sucedido como tal, no quiere decir aceptar su permanencia. Por el contrario su asunción, como toda asunción dialéctica, ha de hacer posible su negación.

No otra ha sido la dialéctica de la historia de los centros de poder en Europa y Norteamérica, una historia de la negación de experiencias que no tienen que ser repetidas y así poder ser superadas. Asumir para superar, para no seguir yuxtaponiendo experiencias extrañas a la identidad de los pueblos de esta nuestra América; una identidad que se ha ido forjando a través de la experiencia de muchas yuxtaposiciones pero las cuales, al hacerse conscientes, permiten su superación. No insistir ya en la realización de modelos extraños a estas nuestras experiencias. Pues si vano fue el intento por hacer de nuestros pueblos otra Europa u otros Estados Unidos, igualmente serán los esfuerzos para, de acuerdo con el modelo de ésta y aquella nación socialista. Si vano fue el intento liberal por hacer de nuestros pueblos naciones que no tenían su base en sus propias experiencias, vanos serán también los intentos por ser como ésta o aquella nación socialista que no parta de las propias experiencias y necesidades. En el pasado, todavía inmediato, se

planteó la disyuntiva ¿civilización o barbarie? Ahora, se quiere plantear otra disyuntiva, ¿socialismo o barbarie? Al liberalismo civilizador pudieron haber llegado nuestros pueblos partiendo de sí mismos, de sus experiencias y no por una simple e inútil imitación. Igualmente nuestros pueblos podrán llegar al socialismo, si parten de sí mismos, de sus experiencias, de su propia e ineludible identidad, repitiendo, una vez más, servilmente modelos surgidos de otras experiencias. Fue la imitación servil del liberalismo civilizador, la que originó nuevas servidumbres y dependencias. No se trata ahora entonces de imitar otras expresiones de la convivencia humana, sino de realizarlas a partir de sí mismos. Pueblos como los nuestros, han de partir del reconocimiento de su identidad nacional y continental, negándose a alinearse a sistemas y expresiones de convivencia nacional e internacional, que no tengan su origen en las propias e ineludibles experiencias, en la ineludible identidad nacional de estos nuestros pueblos.